

# FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.



Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Diciembre 28.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 41.

## EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

### CAPÍTULO XII.

*En que prosigue la historia de la bella Lucila.*

—Veo, Don Juan, decía la hermosa dama, como la tristeza anubla vuestro semblante, y trocaronse placeres en duelos, y es tormento la que juzgásteis vuestra ventura.

—Engañada por demás estais, señora mía, dijo Don Juan, si no es que pronunciáis vuestras palabras para mejor conocer el amor que por vos siento. Ved, entretanto, como nuestros deseos son cumplidos, y cual es la soledad de este antiguo alcázar amable y complaciente. La alegría de las flores, lo sombrío de estos bosques, lo magestuoso de esas selvas, el bullir de tantas repartidas, modestas y cristalinas aguas, el cántico agreste de las aves, el aroma y perfume de estos campos, todo os brinda placeres y contento. La naturaleza es deliciosa.

—Y ha de venir el día de mañana, interrumpió Lucila, y tras él días y días. Dadlos por felices todos, Don Juan, y aun así habreis de ver cual van pasando despiadados sobre el semblante de la que vos juzgais vuestra hermosa dama. Que así se agostan los campos, y deshójanse las flores, y hiélanse las aguas, y enlútanse los bosques y las selvas; y al fin habreis de hallarme una mujer.....

—¿De qué manera? exclamó Don Juan.

—Como cualquiera de las otras, dijo Lucila; los ojos como fuego, cual si saltar intentáran de aquel rostro.

—No se á dó ireis á parar, Lucila, á seguir de esa manera, pues no ha término vuestra no vista suspicacia; nada en el mundo ha de sufrir, señora, la ira y violencia de tal inexorable razonamiento.

—Es que no poseeis aun vos, Don Juan, la llave de la urna del secreto.

Ni habeis de explicar jamás pasiones con discursos, pues que no discurren sentimientos. Es la cabeza al explicar arcanos de corazones rudo pié que andar intenta los inmedidos ámbitos del espacio: habedlo así por cierto.

—Y llegado habremos, interrumpió Don Juan, á un cualquiera suceso de los del mundo, pues tal en todo pasa y acontece; así días mueren á manos de sus noches y generaciones y sucesos en ántros de tiempos y de olvidos desaparecen.

—No, Don Juan, es así como habeis juzgado, antes de muy diversa suerte, dijo Lucila; y ved lo que me enseñaron las flores de vuestros jardines y lo ameno y delicioso de vuestros parques dilatados.

—¿Qué? señora, preguntó sorprendido Don Juan.

—Que son natural y propia habitacion de humanos séres las soledades, y del engaño y la ficcion el tumulto y pasatiempo.

—¿Ni quién, señora, acierta á comprenderos?

—Jamás oí, Don Juan, exclamó Lucila, grave el rostro y el decir pausado, el latir de mi pecho y continuo rodar de la sangre de mis venas sino en la absoluta quietud de este aposento; ni hay pensar que él sea rumor manso. Dime á averiguar si por ventura hablaban estos muros seculares, pues parecian haber palabras de espantable elocuencia, y aun saber quise si eran ecos de vivientes séres, los que en sus frias piedras resonaban. Y no habia acabar su habla continúa y retemblante; y así lenguaje hallé en el soplo del áura de la tarde, en el crugido y ludir de las hojas de los salvages árboles, y el caminar tardío del insecto, y el ondular doliente de esas transparentes aguas. Y llamábanme..... impía!

—Todo, señora, como lo decís, del orbe desaparece, y en vano son nuestros, lutos y pesares.

—¿Desparece!! repuso la dama, mas notád, señor, como aun la contienda no es terminada. ¡Campos el invierno abrasa que esmaltan cerca-

nas primaveras, mas crímenes no enjendran sino mónstruos de pavores; tenaza candente de implacable remordimiento. Ved, Don Juan de hallar un pronto término, y pues que difícil sea, sea presto. Virtudes son fruto de la planta del sentimiento, y ved el no envejecer de los sentimientos que no son depravados.

—No fué ciertamente el hallar yo en vos, repuso Don Juan, la hermosura y la belleza la causa toda de manifestaros cuanto, Lucila, mi corazón os amaba, sino el juzgaros así determinada cual hermosa, y veo sucumbís al principio mismo del intento. Amor sus leyes tiene, ni obstáculos conoce, ni rivales, y estas vuestras palabras, que no una sola vez os oí dó tantas dáis al público juicio y sentimiento, veo como desmentís con vuestros hechos. Eráis allí reina cual aquí esclava, y hora sois tal exánime cual resuelta os admiré y osada y decisiva. Pluguiéra al destino que Don Lope me acabára al cruzar de mi acero con su acero! ¡Temeis, señora, por ventura! ¡Quién en este recinto puede á mi amor arrebatáros! Y si anhelais la distancia, trasponédla.

—Huir es lo de hacer, Don Juan, mas de mi misma. ¡Qué es el ir yo á otro lugar dó vaya conmigo!

—¿Y fué vuestro jurar como me amábais!

—Por ser el mi creer en lo imposible! Y el primer pago del crimen victorioso es mostrarse tal cual es á los desencajados ojos, desnudo ya de su ardid é hipocresía. Quiere, señor, gozar él su propio triúnfo, y muéstrase en su desnudéz horrible, arrojados sus disfraces. Orgullosa y soberbia ha de ser puesto que es crimen, y así bien impasible y despiadada. ¡Qué le importa su víctima! si tener pudiese piedad crimen no fuera!

—Salvaros aun puede esta joya, Lucila; acercadla á vuestros labios dijo ahí el amante.

—¿Y mi hija! Don Juan; ¡y Don Lope mi esposo! ¡y los deberes! Negád, sí, que haya valor en trances tales,

sino cobardía vil y no mas que abyecto egoismo.

—Decidme, pues, señora mia, de vuestro gran corazon y vuestro heroísmo; hablád del campo ameno de vuestros pasos; dádme esos vergeles y pensiles de vuestra ardiente y rica fantasía.

—Ni son gran sabiduría tósigos y aceros, exclamó Lucila; mas he de llamaros consecuente; tales el ofrecer del delito á sus servidores.

Y tomando la dama el camino de la puerta del aposento fuese en busca de un disfráz que la ocultase.

—¿Dó vais? señora, gritó Don Juan en su sobresalto.

—Ni os interpongais en esta mi senda, exclamó tranquilamente Lucila, pues que puede abrirse el suelo mismo do posais vuestra planta.

—No ignoráis y cuan inconveniente es vuestro acento, dijo en el su sarcasmo Don Juan, ni cuan fácil me sea évitár vuestro designio!

—Gran duda es la que abrigo acerca de eso, repuso Lucila, en habla firme, pues que nunca fué vedada la ruta de su deber á paso alguno.

Y como Don Juan partiese determinado hácia la dama, prorrumpió en alta voz Lucila, y son como de oráculo sagrado.

—¡Detenéos, señor, y oíd lo que os interesa!

Y en el mismo instante se sintió repentino eco agúdo y penetrante de bélicos instrumentos. Detúvose asombrado Don Juan, pues fué puntual el sonido de clarín tanto, y acudió luego á la ventana por ver y saber la verdadera causa de tan extraño suceso; y Lucila partió en busca del dormitorio para envolverse en un manto que la ocultase entre los árboles y la maleza del bosque; pero esto no tan pronto como la ligereza en casos tales aconseja y suele; antes se mantuvo en la habitacion, á la cual volvió Don Juan brevemente despues de haber andado en vano todo su alcázar; y mas de una vez rozó la misma puerta las vestiduras de entrambos, pues no hay seguro asilo, á veces, como el del enemigo; solo cuando el desesperado amante fuese á prevenir sus armas y vestirse su traje de partida determinó la dama bajar la secreta escalera. Y como topase al camarero Lucila en su camino, prevínole en nombre de su señor la acompañase, lo cual el verificó como buen criado; y á razonable distancia despidióle la dama, manifestándole como ya no era necesario. El volver del criado al pa-

lacio de su amo y trocar su camino Lucila por otro, no contrario sino diferente, todo se verificó en un tiempo mismo; que tales pequeñeces bastan y aun sobran para burlar la inteligencia profunda del ser del mundo por excelencia.

Paraba en tanto Don Lope en la Ciudad donde todo era fábulas, novelas, curiosidades, ruidos y alternativas. Apenas el buen caballero llegado hubo á su casa la noche de su deshonor y su ignominia, encerrado en su aposento y á la escasa luz de su bugía soñolienta dióse á pensar y juzgar de su estado y de su suerte. La sociedad, se decia, hace culpable al inocente y ultrajado, y hiérele en público y de frente en medio del corazon porque del todo y presto muera; mas esto no es tanto, pues no pasa de la muerte, cuanto oprimen la befa y el escarnio.

Distancias recuerdos matarían si distancias hubiese para ellos; si arrebatarse pudiera á la memoria su autoridad permanente y su fuero perdurable; mas ve ós Don Lope despeñado de la cumbre, jamás hollada, del vuestro honor al antro de vuestra afrenta y de vuestra ignominia. Y ridículo os hallareis ya dó quiér que vos fuéreis. A bien que la culpa solo tuvieron el constante y entrañable amor que á vuestra esposa dedicásteis, la ternura de vuestro corazon y las palabras dulces de vuestros labios. ¡Y así llegan á ser crímenes virtudes! El sicario de vuestra honra es entretanto celebrado de gentes temerarias, y la pública murmuracion, antropófago que no Áfricas puebla mas pueblos que tales se apellidan, aliméntase de vuestro nombre y vuestra sangre.

Tomó, pues, Don Lope su recado de escribir y trabajó por largo espacio sin querer admitir á ninguno en su presencia de cuantos caballeros iban á visitarle aun en horas altas de la noche; y mas tarde fué á ver como se hallasen y en donde sus armas de fuego, en cuyo instante hubo de presentarse Sancho á la puerta del aposento.

—¡Menguado del importuno! balbuceó Don Lope: naturales palabras que brotaron de su boca,

—No lo lleve á mal el buen caballero, dijo Sancho, y han la culpa entradas tantas y salidas de estos estrados; y bien sabé su merced como mi amo yace en el lecho y es mi ocupacion el procurar cuanto le sea al su caso. Y tras paréd y tras seto no dígas tu

secreto, y ya me morí y vi quien me lloró, y yo á buenas, vos á malas, no ha de ser mas negro el cuervo que las álas; y uno muere de atafea y otro le desea.

Conocer hubo Don Lope como no era aquella su ocasion, ni ya la alcázar; por lo cual dijo:

—Idos buen Sancho vos dó sois menester, pues que son ya avanzadas horas de la noche.

—Sí haré, dijo Sancho, cual vos cuando á vuestra vivienda camináredes.

—Así necesario, repuso el caballero, es el estar aquí yo ahora, cual vos á la cabecera del Sr. D. Quijote.

—Pues así he de huir de este lugar como llueven caperuzas, exclamó Sancho, que es escuderil, y no mas subida esta aventura. Y tribulacion, hermano, entre dos pollos; y tres maravedís, y que alto que ys.

—A fé que yo no os entienda, á seguir de esa manera, en toda una semana, dijo Don Lope.

—Pues ahogóse el nadador en el su vaso que bebia, contestó Sancho, y de ruin á ruin quien acomete vence, y de caballeros es pelear y con caballeros solamente. Y eso se me dá á mí de necios pareceres como una higa; y á cada cual en la su lengua. ¿Ni que ha menester la su merced ahora sino hacerse de un condado ó marquesado, y mostrar los sus dineros, y traerlos y llevarlos por todas partes, y aquí del saráo y allá de la cacería, bien que sea por Ubeda, y el entono y los yantares y los regocijos? Y haberle han á su excelencia por maravilla de maravillas y los sus caprichos y antojos y arrequives por muestras y modelos, y los pesares por lindezas, y los tropiezos por talentos. Mundo por mundo todo pára en uno donde quier que sean dineros y sonajas; que ruidos llevan oídos y apariencias ojos; y sin los dineros son los ojos hueros y tráganse jayanes.

Y así es mi parecer como su excelencia debe bien mirar hácia arriba, que no abajo.

Sus notas tomó Don Lope de lo oído á Sancho; mandó pliegos diversos á la Corte, y dijo:

—Hubísteis vos vuestra enseñanza, buen hombre.

—Que es vivir agora gran fortuna y facilidad, contestó el escudero, y no antes, que era mucho cuento juzgar de tiempos y acontecimientos hijos todos de fundados pareceres sobre conciencias delicadas; y sus mercedes no han mas pensar que sus dineros ni

mas saber que llegar hasta ellos cual y mas presto se pudiese. Y en esto va el errar de modernos juicios sobre hechos antiguos de caballeros.

Y apagáronse poco á poco los pasos de Sancho por el largo pasadizo, y vió Don Lope cuan largas son horas de incertidumbre y de dolores; y los peores los del alma. Tal fué, murmuraba el buen caballero, el paradero, señora, de vuestro nombre y talentos celebrados, que tal pago mereciese vuestro esposo! A bien que la dificultad de la sabiduría es haber el poder y fortaleza de sobrellevarla, y no son sabidurías dó no hay robustos hombros para ellas. Crecer ha la cabeza á la medida del océano que navegare el marino, y el seso así al compás de la altura de la atmósfera á que ascienda; y medias sabidurías son todas livianas.

Sublimes amores extremados pasageras son ráfagas de fugaces estrellas engañadoras, que sublime y fugáz ha de ser todo uno en tierra de desventura y trabajosa: la bendición del cielo los mantiene, que el humano poder no llega á tanto.

Qué sea don tan excelente no hay porque controvertirlo ni traerlo hora á juicio; que yo os veo desde aquí, mi infame esposa, cual gemís en el dogál de vuestro crimen. ¡Y cuanto diérais por volver atrás las horas! Mirád si supisteis hallaros la sonrisa natural y continua de vuestro rostro; y no admiraros, que es la difícil cosa de las difíciles. Y satán tambien sonrie cuando ha su presa. No habeis, pues, lugar á dudar de las bondad ó perversidad de vuestra conducta si el rostro mismo os la califica y manifiesta. No hay traer, no, á tela de juicio si son bienes males, ni sensualidades licenciosas, que ellas en su propio baldón é ignominia tienen su trage, ni han lenguaje siquiera conque aparecer puedan á las gentes. Y al su solo rumor el rostro se enrojece y viene luego á palidecer como cadáver, pues el resplandor de infernal tea alumbra la su víctima. ¡Todo poder de Dios es necesario para poder hacer un matrimonio! ¡ved, ó mujer desventurada, si sabreis vos falsificarle!

Mas Don Quijote permanecia en su lecho todo inmóvil y sin que adivinar pudieran la causa de su postracion y abatimiento, que una y otra cosa habia desde luego manifestado. Y dábase á meditar profundamente el doctor de la hostería sin intermedio ni descanso porque no viniese á

acabar entre sus manos lo que siglos y atapuercas no lograron concluir, que era asunto mucho.

Ni los electuarios y apósitos eran bastantes, ni los recursos mas nuevamente inventados, ni los mas ingeniosos arbitrios; con que acabaron por reunirse doctores en consulta, por ser averiguado como ven muchos ojos mas que dos solos, si han su buena vista.

De Sancho solo era el decir como su amo y señor no tenia otra enfermedad alguna que la ocasionada por los menjurges, ingredientes, brodios y malos guisados en que á Don Quijote habian empapado de uno ú otro modo; ni habia mas que hacer sino sacárselos del cuerpo como se pudiese; y aquí encajaba el bálsamo de Fiera Blas de la Venta de Palomeque el zurdo, pues él sabia por su experiencia propia como estuvo á pique de arrojar todas las entrañas con una sola toma del bálsamo caballeresco, y en donde menos se piensa salta la liebre; que él haria luego, quitadas las melecinas, como su amo se compusiese y fortificase. Y su señor del cuerpo no padecia, sino de mal perezoso y muelle de ciudades, y de regalo y delicadezas, que es daño de tontos y muerte de los mas; y hace coro el cuerpo al mal del espíritu, así que espirituales médicos son mas necesarios que no los materiales.

Puso su cara como de hiena el doctor de la hostería al escuchar el razonamiento del escudero, y el señor homeopático hizo ver como su ciencia estaba en el comun sentir de las gentes pues el paleta mismo daba en ella; mas el físico experimental halló su buen camino en su propio sistema; y dado que curar no se puede lo que no es visto claramente, era su parecer aplicar el aparato y máquina y manobra, que él se habia inventado, y sirve para mirar al hombre por dentro en muy gran parte. Y él tenia ya, muy á su sabor sus buenos premios y recompensas por el hallazgo.

—Abrir ha de medio á medio su merced á los que curare, para su melecina, dijo Sancho.

—No sino lo que fuere necesario tan solamente, contestó el preguntado, y bien puede asi hacer quien ha puesto y colocado nuevas unas narices.

—Las mias, guárdeme Dios, repuso Sancho, para olerle á su merced y sus doctrinos, y siga el otro doctor primeramente que comenzaren su cabildo.

Y fué dictámen del anciano sensato

preguntado como el hombre debe huirse y escaparse de sí mismo si ha de bien proceder en todo caso, y mucho mas para las curas médicas; pues yerra el hombre fácilmente.

—Sancho añadió que así era la verdad, por lo que el señor práctico podia ya comenzar muy bien la cura del Sr. D. Quijote, pues escapado se habia él desde su principio. Y aun propuso el doctor viejo no creer mas que lo que arrojáre de sí el caso.

Conque expuso el señor meye á Don Quijote como era menester que sacase la lengua el enfermo, y diese el brazo porque le tomasen el pulso y respondiese á cuanto le preguntáran sesudamente, con todo lo demás que se necesitase.

—¡Pecador soy yo á Dios! exclamó Sancho; pues, ¡y qué hiciera aquí ahora su merced si mi señor tuviese sana su habla, y moverse pudiera, y entender supiera lo que le dicen, y marcára su pulso! A bien que él de su merced hemos tomado, que ya es cura; y dése fin á esta aventura que así ya lo requiere.

Concluyó un cierto doctor jóven con hacer presente cual ya la medicina viene toda confeccionada y muy bien elaborada desde lejanas tierras, y toda consiste en el específico; ni hay un mejor remedio que aquel que sanare al que padece, y todo lo demás es loco pasatiempo; y sobre tan sólida base edificado, viesen todos como el traía siempre consigo cuatro sirvientes cargados acuestas con sus armarios, los cuales no habia sino abrir al compás que se necesitasen, segun se fuese viendo el resultado que cada confeccion naturalmente dando iba.

Lo cual así que Sancho hubo entendido, llamó aparte y quedito al doctor que acababa de hacer su conversacion para que con sus criados esperase afuera y sirviese el medicamento que era menester á Don Quijote, encargando y dejando á los demás maestros el cuidado y trabajo de la consulta que en la inmediata cuadra de estrado debia verificarse; y así se hizo.

—¡Pues y así habia de ser el acabar de mi amo y señor! exclamaba Sancho; y díganos el señor Pecífico por su vida si humana persona llevarlo podria en su paciencia; cuanto mas que para algo es el estar de escuderos en el mundo.

Todo esto decia Sancho muy formalmente segun que iba volcando botes, bebidas y emplastos en reservado lugar y dejando todo el lecho del enfermo caballero limpio y bien dispuesto;

y mientras el doctor esperaba suspenso y embebecido, proseguía:

—Mire y repare su merced, el señor apóstata, como lo que aquí ha de curarse es el alma del Señor Don Quijote y con pacíficos.

—Hipócrates habrá querido decir su merced y específicos, exclamó el médico.

—Así habrá de ser, queriéndolo Dios, respondió Sancho; y bien se ve como este mi amo ni cuerpo tiene en el que enfermedad alguna pueda encerrarse; y darme ha licencia su señoría que es presto y breve el salir de este barranco.

Y en medio del estupor del facultativo, cerradas las mamparas y entreabierta la ventana, Sancho vistió al señor meye de moharracho con cuantos lenzuolos y trapos por allí y acullá pudo haber á la mano. Y puso en fila dos de los señores ayudantes encubiertos como quien hace un Rocinante ó un Babiaca, sobre los cuales cabalgara el doctor, lanza en mano, hecha de barron de cortinaje. Y como hallase resistencia el escudero, dijo suavemente:

—No lo hayan á mengua sus señorías, pues que un caballo ganó á Troya y dió ocasion á los mayores versécicos del mundo que inventó el gran Romero. Y poco es de perder en esta corta experiencia pacífica, y si nó, ahí están esos cajones que se trajeron acuestas sus excelencias. Y hayan, por Dios, caridad por los necesitados, que es ganar ciento por uno.

Y entonces fué el darse á gritar Sancho como desesperado y gran andante de aventuras:

—Ah de la Caballería y del su fuero! ¡Vé, el follón y el malandrín como es un solo caballero quien á singular y desafortada lucha te provoca!.....

No había pasado solo un minuto y ya revolcábase en su lecho Don Quijote, y recio respiraba y movía por donde quiera manos y brazos.

Y como se retragese el embelecó, como quien no va á su gusto en su camino, Sancho prosiguió en su bullícosa algará:

—¡Agora, el señor Parapilla el de los retablos, es el hacer de los valerosos y esforzados caballeros, y no hay flaquear en tan gran trance! ¡Y venga el gran Alifafe en su persona misma, si en gana le viniere; y acudan el jayán Embaucador y el mismo Grecobolele, pues como si callasen.

Oír tales acentos Don Quijote y lanzarse del lecho fué todo en un instante; y tomando la cubierta de la cama,

y formando con ella manto, sostenido en sus airosos pliegues bajo el izquierdo brazo, asió con la derecha la primera arma que hubo á la mano, que por fatal destino fué formidable clis-tél, y trocando la defensiva por la ofensiva, dió contra el doctor y su cabalgadura como genio del averno.

Defendíase el de la ciencia específica denodadamente, mientras Sancho ni ponía ni quitaba rey, bien que por su señor hacia y *ayudar* trataba al enemigo; cosa al parecer contraria no lo siendo, antes puesta en orden y orden conveniente á la sazón; todo esto exclamando el escudero que veía ya fuír los criados del señor meye.

—No chille su señoría el señor doctor, ni aun diga sola una palabra, pues que conoce el genio del de la Triste Figura, y la suya en este día es pésima por causa de la su dolencia; bien que ¡á quién hablo yo sino á la ciencia misma que mucho mejor al trance toma el pulso!

¡Viven los cielos y como memoria ha de dejar este suceso! gritaba quien sufría y padecía.

—Verdad grande, en efecto, continuaba Sancho; y es lo peor que su excelencia tan á mal dé en llevar el acontecimiento. De esto receta su merced todos los días, y obedecido aún le dan gracias, y beber ha su merced, como su merced suele ordenarlo.

Y vino gran tranquilidad á Don Quijote, como bien curado de la pasión de su ánimo; de donde nace el sentir y saber como el hombre es alma antes que cuerpo.

La compañía Valentin-Baena en el teatro de Burgos es un acontecimiento, bien que la asistencia al teatro sea escasísima, fuera de ciertos días de costumbre, y muy calculada. Seamos francos; á la sociedad actual la ha entrado la economía por la del Arte, que no es artículo de primera necesidad positiva sino en las ocasiones dadas en que el teatro es salón de exposición universal. Y la época es consecuente en su tristísima decadencia.

El Sr. Valentin es superior, con mucho, á su modelo propuesto, acaso; la señora Baena es de infinitos recursos y alcance. Mejor pondríamos en manos de estos actores una obra nuestra que en la de muchos muy sonados de nuestra patria. La Empresa, siempre excediéndose á sí misma y dándonos las mayores y mejores novedades en la escena; bien digna de atención por cierto.

La Compañía forma un cuadro muy bueno, y, lo más notable, sin parte floja. La señorita Bernal ha logrado lo que pocas; ser actriz en la primavera de la vida; las Sras. Marin, Alaudete muy en carácter, y la Leon muy bien. El Sr. Parreño excelente; el Sr. Gonzalez jamás exagerado y siempre aplaudido; los Sres. Fornoza, Espejo, Diaz y Miralles, todos muy en su justo y decoroso lugar.

El final de *La Mariposa*, final lógico y terrible, es de lo mejor que hemos visto en Burgos, así como juzgamos que *La Mariposa* vale más que lo que se piensa. La virtud y el vicio cara á cara. Pero la mayoría de los públicos no puede separar la belleza material de la moral. *La Mariposa* como toda flor, tiene sus hojas secas, pero hojas nada más. No faltará quien las recoja, ni la idea, para elevarla sobre su potencia indefinidamente, y será todo un éxito para un autor que merezca este nombre.

Escenas tuvieron *Los Amantes de Teruel* dignísimas de gran aplauso; y por cierto que el Sr. Valentin, á imitación del buen autor, sabe tomarlas. Una cosa se hace de mil modos, todos malos é insuficientes menos uno. Ese uno ve el Sr. Valentin. La escena muda siempre bien para el público inteligente.

*L'Hereu* no da tal campo como otras producciones de su género pero se declamó, sin duda, á satisfacción de su mismo autor. El asunto de la obra está mil veces definido; hubo *partidos* deducidos por los primeros actores sublimemente.

Resta el género maleable de *Con la música á otra parte*, y las obras de Blasco. En este terreno nada se puede exigir más; ni más linda entonación, frescura, variedad, oportunidad, gracejo y cuadro. Porque es género difícil.

¡Cierta que el Arte gran tormenta corre! Antes era aliento del hombre de negocios, solad de la familia, conversación obligada de la gente culta, tema del hombre de letras, campo de la juventud entusiasta, discusión de la ciencia; pero hoy es recuerdo ó desierto, fuera de ciertos pocos centros. Nada le importa hoy al hombre en general el alza ó baja de las letras; corre en busca de su material interés, ni se quiebra la cabeza juzgando de la importancia ó trascendencia del cultivo de este ó aquel ramo de nuestra literatura. Queda no más el resto de calor de la planta del invierno; hoja de jara que sufre los temporales. Todos tenemos un esqueleto sin el cual vendríamos al suelo como almohada de algodón.

¡Dios libre de la peste á los autores! Todo es necesario. Hace falta, sí, y lo repetiremos mil veces, un genio que se imponga, un talento que domine, un sentimiento que impere; pero creando una escuela depurada sobre la clásica, rasgando niñerías y pasatiempos impropios de nuestra edad, recogiendo y encauzando los torrentes, los nítidos orígenes del honorable del teatro español.

La Compañía actual pondría perfectamente en escena obras tales con lo cual hemos emitido nuestro parecer, y la hemos tributado el elogio que merece.